

1243
GUILLERMO LORA

¡ABAJO LA BOTA MILITAR!

Análisis de la situación política

FB

320.9

L865a

ediciones "MASAS"

1965

4009

11 01006



**Conferencia pronunciada
el 8 de marzo de 1965, en
el paraninfo de la UMSA**

FB
320.9
L865a

GUILLERMO LORA

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

¡ABAJO LA BOTA MILITAR!

Análisis de la situación política

7 SET. 1979

001211
21-7-85

1965

ediciones "MASAS"

Lauterbach

1865

CAPITULO PRIMERO

La situación nacional a partir del 31 de mayo de 1964

1.— LA REELECCION SEPULTO AL MNR.

El mayor de los errores que se comete radica en creer que el 4 de noviembre de 1964 ha caído solamente un hombre, como resultado de sus defectos y de su ilimitada ambición. Considerar que la historia se reduce a la secreción glandular de los héroes equivale a concluir en el más absurdo de los subjetivismos. Muchos sostienen tercamente este despropósito no por fidelidad a una determinada ideología, sino por oportunismo, pues les permite justificar la supervivencia de un partido político superado por los acontecimientos que él mismo desencadenó en su momento. Esa conclusión simplista dice que el malo era únicamente Victor Paz Estenssoro, que para suerte de los bolivianos ha sido eliminado del escenario político, y que el MNR en su conjunto (y dentro de él Siles, Lechín, Guevara Arze y otros sujetos de igual catadura) mantiene intactas sus banderas y que sigue siendo la única esperanza para este pobre país. Ya lo ha dicho el general Barrientos, en ese su tono infantil y machacón que tanto gusta a la rosca, que todo se reduce a que la camarilla paz-

estensorista desvirtuó el sentido de la revolución nacional (tal el nombre que suele darse al programa movimientista) y que el MNR, como cuerpo político, nunca ha dejado de ser la expresión de las aspiraciones bolivianas. No es casual que el Presidente de la Junta utilice como punto de apoyo para sus maniobras a Siles y "su" partido.

x) Este camino, que deliberadamente ha sido sembrado de malentendidos, nos conduce a un sorprendente resultado: los acontecimientos que desembocaron en las jornadas de noviembre (cuyo basamento fue nada menos que la movilización masiva del pueblo) habrían sido motivados por el malhumor del señor Paz, con la finalidad única de acabar con ese defecto. ¿Y si el funcionamiento de las entrañas del general de turno fuese también anormal? La respuesta es obligada: la tan bullada restauración no tendría más resultado que obsequiarnos con un diminuto Paz Estensoro. Este razonamiento constituye el más grande homenaje que puede rendirse al vitalicio jefe del MNR, desde el momento que lo considera el demiurgo que ha modelado la historia a su gusto y sabor. Por fortuna la tesis es falsa.

! X Uno de los factores más visibles de la caída del gobierno pazestensorista ha sido, indiscutiblemente, la consumación de la prórroga presidencial a través de las fraudulentas elecciones de 1964. La discusión jurídica acerca de la aplicación correcta o no de la Constitución no tuvo más consecuencia que encubrir la realidad política. El camino de la reelección había sido constitucionalmente allanada por las huestes lechinistas que en ese momento tenían el control del Poder Legislativo; no tiene trascendencia el establecer si lo hicieron pisoteando o no los principios normativos del derecho boliviano. Lo que sí puede asegurarse es que el remodelamiento constitucional y la misma dictación del Estatuto Electoral (otra de las nefastas obras de la izquierda movimientista de marras) obedecían a la idea maestra de que el MNR tenía la posibilidad de perpetuarse como amo del Palacio Que-

mado casi indefinidamente. Un aspecto de la lucha fraccional del oficialismo se refería al establecimiento del mecanismo que permitiese la rotación de los hombres de la alta jerarquía emeenerrista en la Presidencia de la República, de manera que indefinidamente el país pudiese gemir bajo la férula de Paz, de Siles, de Guevara o de Lechín. Esta perspectiva no merece más calificativo que el de descomunal tragedia, pues todos estos señores han pasado por el poder, han sido ya perdonados y han demostrado su capacidad para consumir fechorías sin nombre, al extremo de que son ellos los responsables de la ruina de Bolivia. Se incurria en error cuando se llamaba continuismo a la reelección de Paz y no así a las ambiciones presidencialistas de Lechín, Siles o Guevara (uno queda conturbado cuando los pigmeos hinchados de vanidad pretenden asir las estrellas). Desde 1954 hasta hoy no hemos conocido más que continuismo y prórroga; las mismas cadenas; el mismo servilismo ante los yanquis; la misma miseria del pueblo; la misma sañuda persecución contra la mayoría nacional y, en fin, los mismos hombres sin poder ni querer salir del círculo vicioso del desgobierno movimientista. Nada habríamos ganado sustituyendo a Víctor Paz con el señor Lechín. No importa ninguna novedad que el Vicepresidente sea promovido al escalón superior, si va a continuar encajonado en el estrecho cauce ideológico del MNR. A partir del gobierno Siles (uno de los más calamitosos de la dictadura emeenerrista) el pueblo, y particularmente su clase obrera, siguen su propio camino, dando las espaldas a los que usurparon el poder el 9 de abril de 1952. Este proceso aún no ha concluido, es decir, los oprimidos no han logrado encarnarse en un régimen gubernamental, pese a los juramentos populacheros del general Barrientos.

La reelección precipitó la caída del tercer gobierno de Víctor Paz (que de igual manera que su sucesor estaba convencido de ser un enviado por la Divina Providencia para emancipar a los bolivianos) porque marcó el punto más alto de la desintegración del MNR, virulentamente expresada en el caudillismo cerril y en la cotidiana formación de fracciones centrifugas. Cada caudillejo tenía sus propias milicias, su

presupuesto y arsenal particulares y se sentía seguro de llegar a la Presidencia tarde o temprano. Hasta cierto momento esta atomización interna del partido que fue el más grande de nuestra historia permitió a V. Paz erigirse en el árbitro indiscutible de la política, en el gigante que manejaba a su gusto y sabor a los enanos que jugaban a la política. Sin embargo, esta situación no podía prolongarse indefinidamente. Tarde o temprano el "jefe" tenía que soportar todo el peso de la crisis de su partido. Si la reelección se habría planteado en el período floreciente del movimientismo hubiese sido simplemente aceptada, incluso por los más severos constitucionalistas. No se debe olvidar que tanto la derecha como la izquierda sólo tuvieron aplausos para el Estatuto Electoral, disposición legal que ahora no se cansan de denostar; nadie dijo esta boca es mía cuando el Presidente movimientista se convirtió constitucionalmente en dictador y arrinconó al Legislativo, disminuyendo en gran medida sus atribuciones; los sindicalistas bravucones guardaron religioso silencio cuando el inefable Siles redujo a cero el control obrero en las minas nacionalizadas. En ninguna parte existen esos supuestos paladines batallando sin cesar y en todo tiempo en defensa de los principios abstractos y eternos del derecho y de la justicia. Los que enuncian las leyes y los que viven de manipularlas no se anticipan al acontecer histórico, su tarea es mucho más modesta: legislan sobre lo que han hecho las masas con sus manos rudas, cuya obra corresponde ajustadamente al grado de madurez alcanzado por la realidad política, que desgraciadamente no toma en cuenta para nada el almibarado subjetivismo de los caudillos y teóricos.

2. — LA CRISIS DEL MNR.

La quiebra del MNR no se reduce ciertamente a la crisis de sus cuadros dirigentes; si esto fuera evidente no tendríamos más remedio que conformarnos a seguir soportando la dictadura movimientista. Esa quiebra se refiere a la caducidad

El L. Ber era muy grande por el MNR

histórica de dicho partido, al envejecimiento e impracticabilidad de su programa; desde ese momento los gobiernos movimientistas fueron un anacronismo, destinados a sucumbir bajo la marcha arrolladora de las masas. El simple cambio de personas no puede convertir en viable a un programa que ha quebrado en su choque con la realidad, a una práctica política que se ha apartado completamente de los intereses nacionales y populares.

El MNR nació como la síntesis de las esperanzas de un país que desesperadamente buscaba una nueva modalidad política que le permitiése sepultar para siempre a la rosca, emanciparse de sátrapas del corte de Urriolagoitia, Ballivián, Hertzog, etc., que no tuvieron más habilidad que ahogar en sangre todo intento de conquistar formas humanas de existencia y esto no para servir sus intereses propios o los de sus amigos, sino para cumplir la voluntad de la gran minería y del capital financiero. El odio que de manera natural brota del pecho de los hombres humildes al constatar los excesos cometidos por todos los gobiernos movimientistas y por todos sus líderes, no puede hacer olvidar que los caudillos de la rosca encarnaron la barbarie. El país no puede retroceder hasta los tiempos de la presunta "democracia" del garrote que impuso Hertzog, tiene que marchar hacia adelante para materializar el planteamiento de una efectiva democracia en favor de la mayoría nacional.

El partido de V. Paz no tuvo en momento alguno un programa ideológico coherente y claramente definido; sus enunciados generales y que ingresarán a la historia como expresión de nuestra realidad, le fueron impuestas autoritariamente por las capas obreras. En otro lugar dijimos que el MNR llegó al poder con traje prestado, que, según demostraron los acontecimientos posteriores, le quedó sumamente grande. Por una extraña ironía de la historia (que, sin embargo, no es una excepción), al partido político de la pequeña burguesía, cuya incapacidad ha sido puesta en evidencia allí donde le ha to-

cado actuar, le fueron asignadas descomunales tareas, que únicamente pudo cumplirlas la gran burguesía revolucionaria en su tiempo. Nos referimos a la urgencia de liquidar las formas económico - sociales precapitalistas (superar el gamonalismo como sistema y concluir con el latifundista parasitario; industrializar el país, debiendo converger todos los esfuerzos hacia la industria pesada; crear el mercado interno y efectivizar la unidad nacional; permitir el desenvolvimiento de una efectiva democracia en beneficio de la mayoría nacional) y, finalmente, consumir la liberación nacional, es decir, la emancipación del país de las cadenas imperialistas. Dicho de otra manera: todos estaban seguros que la timorata pequeña burguesía había tomado en sus manos la misión de cumplir total y plenamente las tareas burguesas y abrir el anchuroso camino del socialismo. Estamos seguros, conforme se desprende de sus discursos y escritos, que la alta jerarquía movimientista en ningún momento tuvo plena conciencia del descomunal compromiso que tácitamente había contraído con el pueblo. El fervor de las masas (un fervor sin paralelo en nuestra historia) se explica y se justifica en la medida en que se abandonaron en brazos del gobierno que salió del 9 de abril. Las esperanzas del pueblo que no sólo que no fueron cumplidas, sino que se traicionó su confianza, se hizo escarnio de la fe depositada en el régimen movimientista. La rosca sigue en pie, se ha respetado en gran medida su basamento económico. Los sobrevivientes de las masas se sienten profundamente ofendidos cuando los Urriolagoitia y los Bollivián pasean sus figuras por nuestras ciudades. El latifundista se ha escabullido por los múltiples resquicios que deliberadamente ha dejado abiertos la capacidad de maniobra de Víctor Paz y la miseria de los campesinos se ha visto tremendamente agravada por el minifundio y los desastrosos planes económicos del gobierno. El contubernio del MNR con los sectores rosqueros comenzó a dibujarse a partir del gobierno Siles y ha quedado totalmente consumado bajo la égida del militarismo. Lejos de industrializarse el país, su economía ha quedado totalmente postrada, como resultado del completo sometimiento del equipo go-

bernante al secante control del imperialismo. La política económica ha sido elaborada no teniendo en cuenta los altos intereses nacionales o de los sectores mayoritarios de la población, sino únicamente las imposiciones de los inversionistas obsecionados por sus ganancias y las seguridades que deben rodear sus capitales. Un programa de industria pesada no ha sido aún planteado al país y permanecerá inconcebible mientras las ramas básicas de la economía continúen de los imperialistas; el proyecto más ambicioso del MNR (que no ha podido ser cumplido, por otra parte) apenas si formula la rehabilitación de la industria de transformación. Nuestro primitivismo en esta materia llega a tal extremo que ni siquiera se ha logrado diversificar la industria minera. El ensanchamiento del mercado interno y la materialización de la unidad nacional, requisitos sin los cuales no puede concebirse el gran estado moderno, no han sido ni simplemente enunciados por la osadía de los teóricos pequeño-burgueses.

Casi inmediatamente después del 9 de abril de 1952 se produce primero la fricción sorda y luego el choque violento entre los trabajadores y la alta dirección movimientista, debido a que aquellos expresaron, de modo inequívoco, su voluntad de dirigir el proceso de transformación y subordinar a su política clasista los planes del gobierno, en tanto que el MNR dio muestras de que su mira no era otra que estrangular la revolución dentro del marco impuesto por el imperialismo. Esta es la razón por la que no ha podido desarrollarse con la debida amplitud la democracia de corte burgués y menos ser ejercitada en favor de las grandes masas explotadas. El MNR aparentó fortaleza en la medida en que pudo deformar y estrangular el pensamiento de los obreros y se dio modos para manejar a su antojo a la enorme y amorfa masa campesina como si fuera un simple rebaño electoral, moviéndose al margen de mayores aspiraciones y siempre dócil a los caprichos del amo del Palacio de Gobierno. El régimen movimientista, además de negar a las masas el goce de la democracia, suplantó su voluntad con ayuda de la cotizable y co-

rrupta burocracia sindical. Frente a tal inconducta la mayoría de los explotados se sintieron frustrados, traicionados en su fe. El MNR, demostró, en el terreno de los hechos, que no tenía ninguna capacidad para satisfacer las aspiraciones más profundas de proletarios y campesinos.

La histeria anti-yanqui de los movimientistas, particularmente de V. Paz, durante el exilio posterior a 1946, encandiló a mucha gente y a no pocos marxistas. El país todo, que gime impotente bajo el látigo del imperialismo, vio en el MNR a su libertador. El stalinismo llenaba de improperios al primero que tuviese la osadía de poner en tela de juicio la naturaleza revolucionaria y anti-imperialista del partido pequeño-burgués. Los hechos posteriores demostraron que se trataba de un equívoco. Fue gracias a este error, y no a los rasgos simiescos de Víctor Paz, que los bolivianos se movilizaron detrás de las banderas del MNR.

Los jefes movimientistas en el poder tuvieron el tiempo suficiente para probar que el criterio estridente contra la penetración norteamericana no era más que demagogia barata. Los adjetivos de grueso calibre fueron reemplazados por muestras inequívocas de un repugnante servilismo frente a los amos de Wall Street. Los anti-imperialistas y marxistas de marras (entre los que debe incluirse también al señor Lechín) concluyeron convirtiéndose en cínicos agentes de los Estados Unidos. La consigna de liberación nacional fue reemplazada por el malbarato de nuestras riquezas. El MNR no solamente nos hipotecó por muchas generaciones, sino que dejó en manos de los organismos imperialistas los aspectos fundamentales de la vida nacional: desde la economía hasta los servicios de defensa y de vigilancia policial.

El generoso torrente de la "ayuda" americana no está destinado a solventar la revolución boliviana, sino a financiar la estabilidad política de regímenes gubernamentales que tienen la misión central de contener la impetuosidad de las masas y de estrangular las conquistas que han sido arrancadas por éstas en las calles.

Esta actitud es explicable y sería absurdo esperar que sean los mismos yanquis los que nos den dinero para que nos libertemos de ellos. De esta realidad emerge la inconfundible conducta política del imperialismo frente a los gobiernos de sus semicolonias: se ayuda a aquel que demuestra la suficiente capacidad para domesticar al movimiento revolucionario, para desarmar y arrinconar a las organizaciones laborales, para imponer su régimen de estabilidad jurídica y social. La "ayuda" económica y técnica está pues políticamente condicionada y su continuación depende de que el gobierno cumpla los planes elaborados por el Departamento de Estado. Esta fue la norma ayer y lo es también ahora.

El régimen emenerrista después de haber roto con los cuadros obreros, sus aliados de ayer, se alineó junto a los Estados Unidos y estaba convencido que con su decidida ayuda podría aplastar indefinidamente al movimiento revolucionario. El imperialismo no ha escatimado esfuerzo alguno para mantener en el poder al MNR, porque consideraba que así cerraba al comunismo el paso hacia el poder y evitaba la propagación del ejemplo cubano. No cabe la menor duda de que los colonizadores apuntalan únicamente a los gobiernos que políticamente son eficaces para contener a las masas. La derecha boliviana en ningún momento llegó a comprender debidamente este mecanismo y por eso le pareció un contrasentido que la "democracia" yanqui de los linchamientos, de la caza de brujas y de la discriminación racial apoyase tan entusiastamente al totalitarismo movimientista, que a ella siempre se le antojó sinónimo de comunismo.

Los gobiernos pequeño-burgueses viven una tremenda tragedia. Aumentan su peso y precio ante el imperialismo en la medida en que crece su popularidad; sin embargo, tienen, al mismo tiempo, que embrindar a las masas obreras para evitar su expulsión del poder, es decir, se ven obligados a adoptar medidas que no pueden menos que precipitar su impopularidad. El ejemplo de Víctor Paz ilustra este proceso. En cierto

momento pudo chantajear a los norteamericanos. Movilizaba a su antojo a los trabajadores para que cumplieren la finalidad de fuerzas de presión sobre el Departamento de Estado y ordenaba despóticamente el cese de todo conflicto social para demostrar así que él era el único y verdadero amo del país. Durante todo este periodo los norteamericanos depositaron ilimitadamente su confianza en el malabarista del altiplano. Cuando se hizo evidente la ruptura del gobierno movimientista con la mayoría nacional, cuando ya no funcionaban satisfactoriamente los métodos persuasivos y las maniobras, los yanquis comenzaron a poner en duda la eficacia de la democracia pazestenssoria y obligaron a reestructurar el ejército y desarmar a las milicias, por considerar que estas medidas constituían la única garantía en favor de los inversionistas. Desde este momento la "ayuda" fue suministrada con cuenta gotas y se escucharon voces en el parlamento norteamericano que denunciaba la inutilidad del envío de millones de dólares a la convulsionada semi-colonia. En las postrimerías de la tercera presidencia de Paz se presentaron indicios de que parte de la asistencia foránea había sido paralizada o estaba en camino de serlo.

Como se ve, el MNR no solamente que resultó inútil como instrumento de la lucha por la liberación nacional, sino que caducó incluso como mecanismo capaz de materializar los planes esclavizadores de los yanquis. Tal es la raíz de la tremenda crisis movimientista y su caducidad y anacronismo entroncan en su fracaso como herramienta revolucionaria y como fuerza compulsiva al servicio de los intereses foráneos. Llegó un momento de la evolución política en el cual los revolucionarios marxistas y los imperialistas norteamericanos arribaban a la misma conclusión: había que acabar con el des-gobierno movimientista porque se había convertido en obstáculo para el cumplimiento de las ambiciones de tendencias tan dispares.

La amarga experiencia boliviana viene a confirmar, una vez más, la ley más generalizada de las revoluciones contem-

poráneas en los países atrasados: los movimientos anti-imperialistas pueden iniciarse bajo el comando de la clase media e inclusive de ciertos sectores de la burguesía nacional, pero concluirán indefectiblemente en derrota y capitulación a menos que logren encontrar, en el curso de su desarrollo, la firme dirección proletaria.

La desintegración del MNR en el poder se ha expresado objetivamente a través de las múltiples escisiones que ha tenido que soportar. Cada sector y cada caudillo se levantaron airados no para rectificar o sustituir el programa movimientista, sino para cumplirlo fielmente. Los que pretendieron hacer competencia a Víctor Paz se lanzaron a la loca carrera tras el objetivo de conquistar el favor del imperialismo; todos, sin excepción alguna, protestaron estar dispuestos a cumplir las instrucciones del Departamento de Estado de manera mucho más satisfactoria que el político que estaba seguro de contar con recursos tan colosales que le permitiesen permanecer indefinidamente en la Presidencia de la República.

Guevara representa la ruptura por la derecha, que se caracteriza por un cínico filo-yanquismo, y en ningún momento ha podido llegar hasta el nivel de gran importancia que supo conquistar Víctor Paz. A Lechín, que es un izquierdista vergonzante, le han obligado a romper por la izquierda y, una vez ubicado al margen del oficialismo, ha tenido que redoblar sus esfuerzos para demostrar que nada tiene que ver con el comunismo. Siles no hace otra cosa que empeñarse por pasar como el más ortodoxo de los movimientistas. Ninguno de estos señores ha podido demostrar que el programa del MNR ha sido totalmente superado por el desarrollo de la historia y, más bien, toda su sabiduría consiste en proclamar su vigencia definitiva. Esta terca fidelidad a los planes de gobierno enunciados por V. Paz y que no son más que testimonios de la incapacidad de la pequeña burguesía como clase, determina que ninguno de los "rebeldes" movimientistas tenga

este no pudo apoyar por el fracaso de la 129.

un brillante porvenir político. El caudillo depuesto y vilipendiado cobra venganza a su turno: al imponer sus ideas a los discípulos insubordinados los convierte en impotentes, en atemorizadas aves de rapiña, que incapaces de tentar la aventura del gran vuelo hacia lo desconocido se conforman con alimentarse de sus propios cadáveres.

3.— ROL DEL EJERCITO

Los mismos que prometieron destroz para siempre el ejército de casta y proclamaron a todos los vientos que la defensa de la revolución estaba en manos del obrero armado, han sido los artífices de la reestructuración de las fuerzas armadas. Acaso nunca la tragedia se ha tornado en farsa tan rápidamente. Quienes pensaron que usurpando los sacrificios y las victorias del heroico pueblo boliviano (que supo varonilmente hacer morder el polvo de la derrota a los masacradores y destruirlos físicamente) tenían suficiente para ser los dueños indiscutidos del país y del militarismo, que, según estos ilusos, no tendría en el futuro más misión que rendirles honores, se han visto convertidos en peleles con los que sádicamente juegan los generales de nuevo cuño y vieja mentalidad. Es esto lo que nunca esperaron los jerarcas movimientistas, que estaban seguros que la reapertura del Colegio Militar no era más que una de sus muchas maniobras. La amargura del exilado de Lima adquiere timbres de confesión cuando dice que su error fue permitir el fortalecimiento del ejército. Es claro que también en este caso la vanidad encubre la raíz del problema. No es cierto que Paz organizó el "ejército de la revolución nacional" obedeciendo a sus sentimientos más íntimos; fue el imperialismo norteamericano el que le obligó hacerlo y ciertamente que no para complacer al diminuto Capitán General, sino para que se convirtiese en fuerza política capaz de controlar el menor de los movimientos del Presidente de la República y servir de factor estabilizante dentro de la volcánica semicolonía. Sería injusto maldecir únicamente

a Víctor Paz por la nefasta herencia del ejército pro-imperialista, que muy acertadamente el hombre de la calle considera una de las mayores calamidades que azota al país. Toda la alta jerarquía movimientista (Lechín, Siles, Guevara) sorprendió a la opinión pública cantando loas a las virtudes vió a actualizarse el slogan, tan caro a la rosca, de que las fuerzas armadas son, por su propia naturaleza, guardianes de la Constitución y de la patria. El Decreto de reestructuración de las huestes castrenses lleva las firmas de V. Paz y Lechín, dos de nuestros compatriotas por desgracia, pero solamente las firmas, porque la ideología acerca del rol del ejército, los recursos materiales, los instructores y hasta los uniformes fueron enviados por el Pentágono de los Estados Unidos de Norte América.

La historia nos enseña que los gobiernos bolivianos no supieron defender en su tiempo las fronteras nacionales y nuestro mismo atraso se ha visto agudizado por la pérdida del derecho a la salida marítima. Desde el punto de vista estrictamente castrense, está en discusión el saber si hemos tenido o no buenos militares. Los tremendos desastres que ha soportado la patria en materia bélica nos aconsejan no inclinarnos por la afirmativa. Se nos dirá que las derrotas y las pérdidas de jirones territoriales tienen su explicación. Esto es evidente, pero también lo es el hecho de que este pavoroso espectáculo supone la ausencia de grandes estrategas. Dígase si se quiere que estuvieron ausentes las condiciones materiales para surgimiento del genio militar. Nuestros doctores (es imposible alejar de la mente el tono despectivo e hiriente que emplea René-Moreno para referirse a los doctores altoperuanos) ejecutaron mil piruetas diplomáticas en su afán de defender con discursos, casi siempre cursis, lo que no supimos hacerlo con los fusiles. La política diplomática boliviana ha sido siempre desastrosa porque no ha contado con la necesaria fuerza material para imponer el respeto de nuestros legítimos derechos. Si nos estuviese permitido pedir que se destierre el impudor de la actuación pública, no dudaría-

mos un solo momento en rogar a los militares que por favor no nos hablen de sus glorias pasadas, porque esta autoalabanza suena siempre a platería falsa.

Los ejércitos de países pobrísimos y mucho más primitivos que el nuestro han escrito páginas legendarias de heroísmo y de genio militar auténtico. Gavillas de gentes astrosas, portando armas rudimentarias supieron derrotar a grandes ejércitos, que en su época fueron la máxima expresión del arte militar. Lo que más sorprende al historiador es que, en esas circunstancias, el genio guerrero se hubiese encarnado en elementos civiles y no en quienes han convertido el cultivo del arte de ganar la guerra en la preocupación central de sus vidas. Este "milagro" (que algunos lo reducen al heroísmo individual) es el resultado de la identificación de las fuerzas armadas con las masas que luchan por su liberación. El pueblo en armas puede sintetizar toda su capacidad creadora sacando de sus entrañas a un gran estratega. En tales circunstancias las aptitudes personales se convierten en el canal en el que desembocan poderosas fuerzas de la historia. Un ejemplo: en los últimos años hemos concido sólo una gran proeza militar, la jornada cumplida por los mineros cuando aplastaron al ejército masacrador.

El ejército boliviano de todas las épocas ha estado siempre divorciado del pueblo, nunca ha actuado como parte de él en la cruenta y larga lucha revolucionaria. Ha cumplido fielmente el sucio papel de instrumento represivo al servicio de los dueños del poder y del imperialismo que saquea nuestras riquezas y mantiene en la miseria a todo el pueblo. La chatura de los generales bolivianos refleja casi matemáticamente el papel anti-nacional que cumplen: son guardianes de la anti-patria y jurados enemigos de las masas explotadas. Cuando el general Barrientos clama en todos los tonos para que los trabajadores le presten entusiasta apoyo en su desesperada campaña electoral, está seguro que los bolivianos carecen de memoria. ¿Cómo olvidar la masacre de Sora

Sora? Parece inconcebible que un jefe militar pida apoyo a los sobrevivientes de esa tragedia. ¿Y las matanzas de Uncía, Jesús de Machaca, Potosí, Villa Victoria, Siglo XX, etc.? Si en este país queda algo de honestidad, hay que decir a los bolivianos que no olviden ni traicionen a los que ofrendaron generosamente sus vidas por su liberación.

Cuando el imperialismo, después de 1952, reorganiza el ejército, que fuera destrozado por los obreros, con la finalidad fundamental de que pueda ahogar en sangre el levantamiento del pueblo boliviano no ha violentado las costumbres del país, no ha hecho más que aprovechar una vieja tradición de nuestro militarismo. Los demagogos dijeron que el nuevo ejército cumpliría la titánica misión de reconquistar el mar y Víctor Paz se apresuró a añadir que su habilidad diplomática lograría la inmediata reparación de una injusticia que se viene prolongando cerca de un siglo. Desgraciadamente el ofrecimiento se esfumó sin dejar la menor huella. Las fuerzas armadas no han sido organizadas ni entrenadas para defender las fronteras, sino para reprimir la acción revolucionaria, los propios yanquis las han entrenado en la táctica anti-guerrillera y en la lucha en las calles que es propia de la guerra civil. Los teóricos de nuestro ejército no han realizado estudios acerca de la potencialidad económica y bélica de nuestros vecinos, que según las circunstancias pueden ser amigos o enemigos, pero sí tienen un manual de más de 300 páginas sobre la mejor manera de aplastar a las guerrillas revolucionarias. Acaso los generales sepan que gana la guerra el país que tiene una mayor capacidad productiva.

Sería falso sostener que el supuesto ejército de "la revolución nacional" (más exacto sería decir ejército "made in USA") no es más que fuerza represiva al servicio de una determinada política. Puede ser que en ciertos periodos del pasado hubiese jugado papel tan restricto, pero toda vez que se presentó una coyuntura favorable el acontecer político

encontró su centro vital en los cuarteles. La frase de que el ejército no delibera y que los liberales la han repetido hasta el cansancio no es más que eso: una frase vacía. No pocos de nuestros descalabros han sido planeados y decididos por los altos círculos militares, que siempre han estado umbilicalmente ligados con la masonería, comando político supremo colocado por encima de las miserias partidistas. Las logias puramente castrenses, aparentemente omnímodas, en ningún momento han podido emanciparse de esta jerarquización impuesta de manera por demás autoritaria. Esto puede aplicarse a la vieja Radepa como a la nueva, que tiene la misión de planear todos los pasos del andariego general Barrientos.

Circunstancias objetivas favorecieron el rápido acrecentamiento del rol político del comando castrense. Un ejército poderoso (las fuerzas armadas remodeladas por el imperialismo lograron una insospechada capacidad bélica) actuando en un medio dominado por la permanente subversión y frente a un partido postrado y en plena descomposición, casi de manera mecánica se convirtió en factor político decisivo. El gobierno movimientista pensó que podía neutralizar su creciente impopularidad con ayuda de las bayonetas y por esto se abandonó confiado en brazos de los generales, pero bien pronto se constató que Víctor Paz había quedado reducido a la condición de prisionero del alto mando militar. En medio de la lucha fratricida de los caudillos emenerristas el ejército acrecentó su fuerza por actuar con una relativa homogeneidad y guiado por intereses que estaban por encima de las múltiples fracciones del oficialismo. La derecha se escandalizó porque jefes y oficiales juraron, de buena gana o no, fidelidad a Víctor Paz y porque la jerarquía castrense se identificó con la célula militar movimientista. Al asumir esta actitud los portavoces de la rosca olvidaron que los viejos generales se pusieron incondicionalmente al servicio de su política anti-nacional. Bien pronto se comprobó que la célula militar no tenía el menor interés de trabajar por la sal-

vación del MNR, sino de colocar en un primer plano sus propias ambiciones de casta y su afán de dominar al partido que decían pertenecer y al propio país.

Es muy difícil decir cuáles son los rasgos nuevos del ejército que nos tiene cogidos en su puño de acero. Como en los mejores tiempos de la rosca ha renacido el cerrado espíritu de casta y los generales se creen sinceramente predestinados a gobernar a Bolivia y conducir al reinado de la felicidad. La alta dirección castrense ha ahondado, aún más, el abismo que le separa de la mayoría nacional y continúa al servicio de una política definitivamente anti-popular y entreguista. Su concepto de la disciplina está basado en el garrote que debe ahogar el pensamiento y la voluntad del pueblo. Y para que en este terreno no pueda haber la menor duda, han sido desagraviados y reincorporados los jefes y oficiales que de manera directa trabajaron como peones de la rosca. El arcaísmo de la mentalidad y de los hombres del ejército es por demás evidente.

4.— *EL BINOMIO PAZ — BARRIENTOS*

Víctor Paz, guiado por su instinto de filibustero más que por un cuerpo de doctrina, deseaba vivamente que su compañero de fórmula fuese uno de sus capangas amaestrados para decir sí a todos los despropósitos del amo. La elección, que de manera alguna puede considerarse como un honor, recayó en esa nulidad que ostentaba el nombre de Federico Fortún y las maniobras presidenciales estuvieron destinadas a anular la creciente preponderancia del ejército y las ilimitadas ambiciones del general Barrientos, que hasta ese entonces todos consideraban una criatura del jefe supremo del MNR. Hemos indicado ya que en ese momento el MNR había dejado de ser el dueño de su propio destino. Si la propia estabilidad del gobierno no dependía de la venia del alto mando militar, es claro que el futuro del binomio

movimientista podía ser definido únicamente por el ejército, por encima de todas las triquiñuelas que pudiese esgrimir la convención partidista. Eso es lo que ocurrió en la práctica: las fuerzas armadas impusieron como Vicepresidente al general Barrientos, revisando así y de manera por demás despótica todo lo que hizo mañosamente el noveno congreso del MNR. No se trataba, en realidad, de que un grupo de bolivianos se hubiese impuesto sobre otro, sino que el Pentágono nos aplastó a todos. El organismo militar norteamericano jugó su carta decisiva contra el porvenir de la revolución y de la patria. La captura del poder en Bolivia no era más que parte de un plan de dominación de dimensiones continentales. El Pentágono, demostrando mayor habilidad que el propio Departamento de Estado, modificó, en favor de la política de rapiña de los Estados Unidos, la estructura de los gobiernos del Brasil, de la Argentina, etc. En Bolivia, las circunstancias eran sumamente favorables: la propia vía constitucional permitía conducir al ejército hasta el Palacio de Gobierno.

El binomio Paz - Barrientos llevaba en sus entrañas una antinomia insoluble: el choque inevitable entre las tendencias excesivamente centralistas del Presidente que soñaba convertirse en dictador vitalicio y las ilimitadas ambiciones de poder del ejército, cuyo tímido portavoz no era otro que el general Barrientos. Este último, convertido fraudulentamente en segundo mandatario, no tenía más camino que expulsar a Víctor Paz del Palacio Quemado. Así fueron sentadas las bases del futuro mamertazo. Este proceso fue analizado oportunamente por nosotros en un escrito especial.

3.— LA ARREMETIDA POPULAR

El descomunal fraude electoral consumado el 31 de mayo de 1964 tuvo como resultado la exacerbación de la impaciencia de las masas, que actuaban guiadas por la certeza de

que era imposible soportar el estado de cosas imperantes y que si se mantenía en pie era solamente gracias al apoyo decisivo de las bayonetas. El descomunal aparato montado desde el Palacio de Gobierno permitió a la fórmula movimientista ostentar el título de elegida por casi la totalidad de los ciudadanos. Esta impostura que sirvió los fines publicitarios del oficialismo y jugó el papel de soporte de la supuesta democracia criolla, ya no pudo desorientar al pueblo.

El creciente descontento popular impulsó la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo. El gobierno Siles, que no pudo contener el aumento de los precios de las mercaderías, nos ha dejado la herencia de las remuneraciones congeladas. La miseria de las masas ha llegado a tal extremo que el sensible mejoramiento de los salarios se ha convertido en uno de los requisitos indispensables para el aumento de la producción. Las múltiples peticiones de mejoramiento económico fueron invariablemente respondidas con la violencia. El gobierno estaba seguro de que ya no era posible utilizar únicamente el divisionismo de las filas sindicales y el soborno de sus dirigentes para evitar la creciente ola de los conflictos sociales, y que había llegado el momento de arrinconar violentamente a los revoltosos. Para las marchas punitivas fueron sacados los soldados de sus cuarteles y los jefes militares, los mismos que ahora hacen protestas de ilimitado amor hacia los trabajadores, demostraron sus conocimientos estratégicos en la desigual lucha contra los explotados.

La inhumana represión planteó ante el pueblo un nuevo problema: la necesidad imperiosa de defender la vigencia irrestricta de las garantías democráticas. Por este camino la lucha puramente tradeunionista se convirtió en política. Las masas, que instintivamente ganaron las calles, actualizaron toda su rica experiencia, adquirida en la larga y cruenta lucha de clases y que lenta y subterráneamente se movía en su subconciencia. Una poderosa y elemental fuerza empujaba a los explotados a aplastar al desgobierno movimientista y sus-

tituirlo con una forma estatal propia. Consciente de este peligro, el imperialismo se movilizó con presteza, a fin de contener a tiempo el amenazante alud social.

Desde la fecha en que fue dictada la estabilización monetaria y sobre esta base se estructuraron los planes económicos del gobierno, toda demanda laboral amenazaba concluir en un conflicto político. Esta tendencia se acentuó mucho más durante la tercera presidencia de V. Paz. Los brotes de agitación social motivaban la inestabilidad gubernamental. Sin capacidad alguna para contener por sí mismo esta avalancha, el régimen movimientista pasó a depender completamente de las fuerzas armadas, al extremo de que éstas tenían en sus manos la posibilidad de barrer, cuando creyeren conveniente, a las gastadas figuras del civilismo emeenerrista de los pasillos del Palacio Quemado. Las tendencias fundamentales de la evolución política llevaron al país, de manera inevitable, hacia el régimen militar.

La arremetida popular fue iniciada por los mineros y demás sectores proletarios, que fueron los primeros en emanciparse de la nefasta influencia movimientista. La lucha antigubernamental de la clase obrera partía de una orgánica evolución ideológica, que le permitió superar las posiciones claudicantes del MNR.

Abierto el camino de la rebelión por la clase más revolucionaria, el país se estremeció ante el estrepitoso empuje de los sectores avanzados de la clase media, que cuando se desplazan hacia la izquierda adoptan posiciones por demás estridentes. Hubo falta de uniformidad en el compás y movimiento del frente revolucionario. Por momentos fueron los estudiantes y los maestros los que liderizaron al pueblo anti-movimientista. Con todo, la agitación no llegó a su climax porque fue frustrada por la intervención militar.

Antes y después de noviembre la masa campesina se movió a la retaguardia de las huestes anti-movimientistas de las ciudades, de las fábricas y de las minas, recién comenzaba a

convencerse, partiendo de su dolorosa experiencia diaria, de que el gobierno movimientista, lejos de satisfacer sus justas exigencias, traicionaba los objetivos de la revolución agraria. Su falta de politización, su tremenda dispersión a lo largo y a lo ancho del territorio nacional y hasta su incultura contribuía a que este proceso fuese sumamente lento. Los campesinos fueron el último contingente humano con el que pudo contar el MNR; consentían a ser movilizados toda vez que hacía falta inflar las manifestaciones "espontáneas", se conformaban con ser utilizados como fuerza de contrapeso a la intolerancia de obreros y de amplios sectores de la clase media, y el oficialismo los manejó como simple rebaño electoralista. Todavía ahora se perciben las consecuencias de este retardo en la evolución de los explotados del agro: los intentos sibilistas de reorganización del MNR tienen como punto de apoyo la fidelidad de algunos grupos campesinos.

Si los diferentes gobiernos movimientistas, en su afán de controlar a las organizaciones laborales, optaron el fácil camino de la corrupción de los cuadros dirigentes, esa degeneración adquirió caracteres monstruosos en el agro. No solamente que se cotizaba a alto precio el aplauso y la adhesión de los líderes sindicales, sino que los mismos elementos de base fueron acostumbrados a cobrar por todos los pasos políticos que daban. Esta tara está obstaculizando seriamente la vida sindical de los campesinos.

Mientras los políticos profesionales agotaban sus fuerzas en largas discusiones con Víctor Paz y sus acólitos, las masas batallaban utilizando la acción directa e inclusive la lucha armada. Fueron éstas las que señalaron el camino justo: al MNR y a V. Paz era imposible expulsarlo del poder mediante la papeleta electoral o la plática encaminada a convencer a los movimientistas de que siendo su permanencia en el poder perjudicial para los destinos de Bolivia estaban obligados a retirarse pacíficamente a sus domicilios. Un régimen no abandona tranquila y resignadamente el escenario

una vez que ha agotado sus recursos políticos, sino que emplea la violencia (no en vano existen ejércitos, policías y tribunales de justicia) en su intento de sobrevivirse; entonces no queda más recurso que utilizar las armas para limpiar el camino de obstáculos que impiden el desarrollo de la sociedad.

La violencia, la lucha armada, se justifican cuando están al servicio del pueblo y se emplean para sepultar el pasado con todas sus injusticias y monstruosidades. Sin embargo, esta premisa no supone que las masas utilicen siempre adecuadamente el método de la lucha armada. Los explotados tienen que enfrentarse con poderosos ejércitos y no pueden esperar igualarlos en disciplina y armamento antes de iniciar su marcha libertadora; lo que tienen que hacer es adoptar modalidades de combate que permitan neutralizar la gran capacidad bélica de las fuerzas regulares. El partido revolucionario tiene el deber de enseñar a los obreros a utilizar la modalidad de las guerrillas, a fin de que puedan aplastar más fácilmente al ejército organizado por sus opresores.

¿Contra quién peleaba el pueblo boliviano? Aún ahora es preciso recalcar que el objetivo no era otro que vencer a Víctor Paz y a su ejército; éste último había tomado en su manos la tarea de destrozar a los insurgentes. No pensaban de esta manera los políticos profesionales.

Los partidos, tanto los de derecha como los que pasan por izquierdistas, tenían como punto de partida la certeza de que el pueblo y sus organizaciones carecían de la suficiente fuerza para sobreponerse al monstruoso aparato represivo que había puesto en pie el MNR; sostenían que únicamente el ejército podía cumplir esta tarea. Hemos indicado por qué razones los jefes castrenses se habían convertido prácticamente en amos de la situación. Pero, esto no quiere decir que sus ambiciones se identificasen con las aspiraciones populares. Eran dos tendencias opuestas y seguían caminos totalmente diferentes.

Sumarse a la actividad conspirativa del militarismo significaba nada menos que traicionar al pueblo y a la revolución. Veremos más adelante en qué forma los generales no han hecho otra cosa que prolongar la agonía del MNR en el poder.

Los opositores golpearon los cuarteles con la esperanza tonta de que los generales se prestarían a hacer una revolución para ellos. Mucho se discute sobre si los políticos profesionales pactaron o no con los militares antes del 4 de noviembre. Suponiendo que sea cierta la tesis presentada por los interesados en su desesperación, lo cierto es que los caudillos castrenses en ningún momento, ni siquiera cuando hacían promesas a los políticos civiles o firmaban compromisos con ellos, pensaron trabajar en beneficio de terceros y esto porque poseen la suficiente fuerza para jugar su propia carta.

Un virtual frente formado por todos los partidos, con la única excepción de los marxistas, apuntaló y alentó al militarismo en sus trajines golpistas. Un programa simple unía a estas tendencias: los generales cumplirían la limitadísima agenda de eliminar a Víctor Paz para luego entregarles el poder. Su ingenuidad se apoyaba en el apotegma de que los soldados deben quedarse patrióticamente en su cuarteles, cierto que después de ejecutar el golpe de estado encargado por sus asesores. Los que desbrozaron el camino para que los generales pudiesen llegar hasta el Palacio de Gobierno no hicieron otra cosa que trabajar en favor de la victoria de la anti patria. ¡Qué caro están pagando su ceguera y su credulidad!

El stalinismo en este terreno actuó fiel a su esencia y a su tradición. Su conducta diaria describe constantes desplazamientos de la derecha a la izquierda y viceversa. Unas veces apoyó abierta y apasionadamente al MNR y a Víctor Paz Estenssoro. Los sectores laborales le dieron las espaldas cuando

fue del brazo con los falangistas y desarrolló la curiosa teoría de la continua democratización de esta fuerza reaccionaria. Pero también nos ha sorprendido adoptando posturas ultra-radicales, repitiendo mecánicamente nuestras consignas y nuestra propaganda. Parece que ahora está viviendo un nuevo "tercer período". Este ocasional radicalismo no puede hacernos perder la cabeza, al extremo de que llamemos al PCB partido revolucionario. Una dirección que no observa una línea consecuente no merece la confianza de nadie. El momentáneo radicalismo constituye el complemento necesario del permanente oportunismo. En cierta medida prestaron apoyo al general Barrientos: conocidos dirigentes sindicales y que tienen un alto rango dentro de la jerarquía pecista declararon públicamente que era nada menos que el "libertador de los obreros" y le instaron a trasladarse a Siglo XX. Otro capo del PCB cantó loas al militarismo desde una radioemisora minera un día antes al 4 de noviembre. Algunos presuntos "comunistas" de Cochabamba se disgregaron de su partido para servir de amanuenses al general de turno.

Este curioso frente político, aunque en él se incluyan a prinistas y pecistas, tuvo un marcado carácter contrarrevolucionario, porque se empeñó en borrar toda delimitación entre derecha e izquierda, en limar las diferencias que separan a la revolución de la rosca. Objetivamente estuvo destinado a empujar a los explotados a sumarse al coro que recitaba una interminable homilía en honor del generalato. La tendencia traidora se fundió más tarde en el mal llamado "Comité Revolucionario del Pueblo", uno de los primeros puntales políticos de la Junta Militar".

CAPITULO SEGUNDO

El mamertazo y sus emergencias

1.— ¿QUE OCURRIO EL 4 DE NOVIEMBRE?

La forma cómo las diferentes agrupaciones caracterizan los acontecimientos del 4 de noviembre las define políticamente.

Para la derecha tradicional y también para sus manifestaciones más nuevas (FSB, el Partido Demócrata Cristiano, la Unión Popular Cristiana, etc.), el 4 de noviembre se ha operado toda una contrarrevolución que puede permitir retornar al pasado. El general Barrientos sería el ángel vengador que en la persona de Víctor Paz ha castigado al MNR por los excesos que en determinado momento cometió contra la rosca (los escribas y discursadores dicen democracia). Para estas gentes resulta inconcebible que la Junta Militar no extirpe de raíz al MNR (han dicho que si entablan relaciones o siquiera conversan con esta tendencia política incurrirían en pecado mortal), no revise toda la obra gubernamental posterior a 1952 y siga siendo motivo de las declaraciones oficiales la "revolución nacional". Seguramente en alguna tenida de la logia masónica se determinó poner en vigencia la Constitución de 1947,

el cuerpo de leyes faccionado por los abogados de la rosca después de la contrarrevolución del 21 de julio de 1946, y acuñar el término de "revolución restauradora", que la derecha interpreta como restauración del viejo estado de cosas.

Los movimientistas, accidentalmente reunidos alrededor de Siles, y sus ramas disidentes (prinistas y guevaristas) consideran que la "revolución restauradora" no tendría más sentido que restaurar las libertades democráticas, frase que debe interpretarse como el deseo de que todos los descontentos usufructuen del poder. El general Barrientos sigue siendo un predestinado, pero no para aplastar al movimientismo, sino para continuar con la "revolución nacional", para salvarla de sus deformaciones pazestenssoristas. Su grito de guerra es nada menos que un gobierno militar con apoyo directo del proyectado frente de la revolución nacional y con exclusión de los partidos derechistas, comenzado por FSB. Tal es la interpretación que hacen del slogan más repetido por Barrientos: "la revolución dentro de la revolución". Para los movimientistas constituye una traición al espíritu de noviembre permitir que la derecha tradicional se apodere del Palacio Quemado. En su afán de reconquistar el control de los puestos claves, los ex-discípulos de Víctor Paz incurren en un grueso contrasentido: pretenden lavarse de todo pecado y culpa y sostienen que ellos sólo hicieron bien al país. Así el único responsable de todas las fechorías movimientistas sería el desventurado V. Paz. La desgracia es que nadie cree en conclusión tan simplista.

Una parte de la izquierda extremista, principalmente representada por el stalinismo, ha dado una curiosa definición de los acontecimientos del 4 de noviembre. Se trataría simplemente de la coronación monstruosa de la revolución popular, de una usurpación de la victoria del pueblo sobre el MNR. No se cansa de insitir que junto al movimiento militar ha existido una movilización popular, como si fue-

ran dos aspectos de un mismo proceso. El cuartelazo es presentado como simple proyección del movimiento revolucionario. Sólo los temerarios podrán sostener que este galimatías tienen algo en común con el marxismo.

La posición del POR puede resumirse del modo siguiente:

A comienzos de 1964 sostuvimos que la sustitución del gobierno civil movimientista por otro militar adquiriría los contornos de un típico mamertazo.

Lo esencial del mamertazo consiste en que se entrega el poder a una camarilla, a fin de poder aplastar a las masas revolucionarias. Dicho de otra manera, el gobierno civil, consciente de su incapacidad para hacer frente al "huracán de la agitación social", abandona el escenario y entrega la defensa de sus intereses a los militares. El mamertazo es, en su esencia, un autogolpe (o como dice el hombre de la calle un tongo destinado a engatuzar a los ingenuos). Cualquiera que sea la finalidad visible de esta operación palaciega (en 1951, burlar el resultado de las elecciones; en 1964, cerrar el paso a lo que la propaganda oficialista llama "comunismo", es decir, al movimiento obrero y revolucionario), su objetivo último es, invariablemente, sustraer el gobierno del alcance de las masas subvertidas. Dos son los elementos que explican y convierten en inevitable el mamertazo. Uno de ellos es el peligro inminente de que las clases mayoritarias sobrepasen al partido que detenta el poder. El segundo factor se refiere a la total caducidad del gobierno, que ya no puede solucionar "democráticamente" los agudos problemas que se plantean a diario.

El mamertazo cierra el paso a toda forma de democracia y abre las compuertas de la dictadura. Esta es la razón por la cual son las camarillas militares el eje de este golpe de estado (poco importa que los generales estén o no afiliados

a determinado partido, pues las soluciones partidistas ya no cuajan). Cuando el régimen imperante ya no puede darse el lujo de respuestas teñidas de democratismo a los agudos problemas sociales, se plantea la urgencia de los métodos militares, anti-democráticos en su esencia.

Una otra cosa es si la dictadura militar que sigue al mamertazo puede o no mantenerse en pie por mucho tiempo. Si se toma en cuenta que tal combinación palaciega forma parte de la respuesta contrarrevolucionaria al ascenso de las masas, se tiene que concluir que la dictadura no podrá menos que acentuar la movilización popular. Esta movilización puede concluir expulsando a los militares del poder, si antes no se ha operado una profunda sangría de las filas del pueblo. No se puede ni se debe olvidar un solo instante que el ejército ha sido organizado y preparado para ahogar en una descomunal masacre la rebeldía de los bolivianos. La oportuna y debida comprensión del anterior proceso puede evitar horas de tragedia al pueblo. El mamertazo y la masacre se complementan como partes inseparables del método de gobierno de la contrarrevolución.

El imperialismo juega un papel de importancia decisiva en la preparación y cumplimiento del mamertazo, que constituye un golpe palaciego en favor de los intereses foráneos. Para comprender debidamente el problema se debe tener en cuenta que en nuestro país la contradicción fundamental —en el plano de la lucha de clases— no es otra que el antagonismo entre el proletariado y el imperialismo. El desgobierno movimientista y el ejército juegan un papel subalterno y no de primer actor en esta tragedia, desde el momento que se han convertido en la correa de transmisión de la voluntad e intereses foráneos.

El mamertazo se consuma porque un determinado gobierno civil ya no está capacitado para servir satisfactoriamente a los yanquis y porque éstos no tienen más remedio que recurrir al sable para mantener la paz social en su colonia.

El mamertazo es un golpe palaciego incruento o no, que se transforma en un simple episodio de la agudización de la despiadada lucha de clases. Esta operación se convierte en parte inseparable del choque violento —casi siempre sangriento— de las masas contra sus opresores.

La movilización revolucionaria del pueblo y que en líneas generales siguió la ruta trazada por los mineros, amenazaba, cada día en mayor medida, sobrepasar a Víctor Paz, si se lo considera como expresión humana del programa movimientista, e instaurar un gobierno del pueblo. Este era el peligro que tenía ante sí el imperialismo norteamericano y no ningún otro. El ejército fue llamado a actuar porque no había en pie ninguna otra muralla capaz de contener avalancha tan impetuosa. El gobierno civil de Paz fue desahuciado porque, más bien, se convirtió en el punto de arranque de la radicalización de las masas; para decirlo de otra manera: se había gastado totalmente como dirección política.

Los propios actores del golpe militar se han encargado de revelar que el mamertazo se venía planeando desde diez meses antes y es de suponer que se estudiaba con mucho cuidado, durante ese lapso considerable, la fecha de su estallido. Tiene que sorprender estos datos si no se olvida que el régimen movimientista muy difícilmente podía mantenerse en pie frente al recio y casi cotidiano ataque del pueblo. Queda flotando en el ambiente una pregunta que nadie se ha preocupado de responder: ¿por qué los militares no se sumaron a la insurgencia popular y dieron el tiro de gracia al régimen tambaleante? Porque sencillamente esto es lo que no querían, esto es lo que buscaban evitar sus amos del Pentágono. ¿Está claro? Los que ahora reptan detrás del generalato —ayer lo hicieron ante el “revolucionario” Víctor Paz —gustan hablar, con sospechosa insistencia, de la insurrección popular y castrense, como si se tratase de una misma cosa o, en el peor de los casos, simplemente

de dos momentos del mismo proceso. Así se llega al absurdo de sostener que las fuerzas castrenses concluyeron convirtiéndose en la efectiva dirección revolucionaria del pueblo. Si esto fuera cierto, ¿por qué el general victorioso no expresa, desde el poder, las aspiraciones y la política de ese pueblo? Masas y ejército no son, pues, la misma cosa, conforme va demostrando la tremenda experiencia que estamos viviendo. La alta dirección militar estudiaba el momento propicio para el estallido de su golpe de cuartel, a fin de que no concluyese complicándose con la agitación popular. La táctica señalada, y que ahora se perfila con toda nitidez, era la de llegar al Palacio de Gobierno sin dar lugar a que ningún civil intervenga, para así no tener que satisfacer las apremiantes demandas populares. Hay una aleccionadora experiencia al respecto: el 9 de abril de 1952 también fue fraguado un golpe de estado entre la dirección del MNR y un sector militar, que concluyó transformándose en una verdadera revolución como consecuencia de la directa participación del pueblo y particularmente de los obreros. Es este riesgo que los generales han logrado momentáneamente soslayar por todos los medios. El mamertazo —¡y no en vano el 4 de noviembre hubo un típico mamertazo!— no solamente que no tiene nada que ver con el movimiento revolucionario popular, sino que se le opone como su más categórica negación. El mamertazo no puede concebirse como punto culminante de la insurrección popular; es más bien una operación castrense a espaldas de las masas.

Los partidos y líderes civiles, que ahora tanto elogian al generalato, ignoraban en absoluto los trajines del ejército y se percataron de su existencia poco antes del día cuatro de viembre. Los dirigentes falangistas (sumamente interesados en aparecer totalmente identificados con las fuerzas armadas) no han podido demostrar que supieron o intervinieron en la conjura militar; sus guerrillas no tenían nada que ver con ella y se desarrollaron al margen de lo que estaban haciendo los generales. Para tener idea de la diferencia y sepa-

ración, no sólo en las intenciones sino en las perspectivas, entre la marcha del pueblo y los planes de las fuerzas armadas suficiente recordar que mientras el señor Lechín Oquendo se convirtió en abogado de las guerrillas falangistas (sin pararse a analizar su naturaleza clasista ni sus objetivos políticos), un otro Lechín, esta vez el Comandante de la 7ª División, si no estamos equivocados, tomó para sí la tarea de aplastar a esos rebeldes. En Apolo, según denunció en esa época, tropas del ejército no tuvieron el menor reparo en fusilar a los guerrilleros que habían sido capturados como prisioneros. Actualmente los falangistas, demostrando así su oportunismo, no dicen absolutamente nada sobre estos lamentables sucesos.

Antes del estallido del cuartelazo, el alto mando militar se dedicó apasionadamente a quebrar y arrinconar a las masas levantiscas. Estuvo a cargo de las fuerzas armadas el mantenimiento del orden, que en cierto momento resultó alterado casi a todo lo largo del país. Lo que no puede ponerse en duda es que el generalato puso toda su pasión y todos sus recursos en su tarea de reducir a las fuerzas obreras y populares. Hemos ya indicado las dimensiones fantásticas que alcanzó la masacre de mineros en Sora Sora y habrá que subrayar, nuevamente, que ese crimen fue cometido por los generales que ahora detentan el poder. Muchas ciudades, como Oruro y Cochabamba, estuvieron, desde el primer momento, totalmente sometidas al ejército, cuya preocupación básica no fue otra que impedir, utilizando todos los medios, que los trabajadores y el pueblo se incorporasen a la lucha. Por momentos era difícil distinguir si los comandos militares estaban en favor de Paz o del general Barrientos. En Oruro, el jefe de la zona hizo conocer, mediante comunicado público, que toda manifestación de trabajadores sería enérgicamente disuelta. En Cochabamba los grupos civiles que no estuviesen comandados por oficiales eran invariablemente considerados como enemigos. Solamen-

las masas estallan en el poder

te en La Paz los militares dieron algunos fusiles a un grupo de estudiantes de medicina, para luego volverles a desarmar por la fuerza algunas horas más tarde. En esta última ciudad grupos civiles salieron a las calles después de la victoria del golpe de estado y lograron armarse, pero ya por la tarde los soldados recorrían las calles e invadían los domicilios en busca de elementos bélicos. Después de todas estas verdades, muchas de las cuales fueron oportunamente registradas en la prensa, se precisa una buena dosis de cinismo para seguir sosteniendo que el mamertazo fue el punto culminante de la insurrección popular.

La realidad es muy distinta. El cuartelazo se consumió después de que las masas fueron momentáneamente arrinconadas y paralizadas, los mineros de San José, Siglo XX, Huani, etc., constituyen un ejemplo típico. La operación castrense no únicamente que se gestó y desarrolló a espaldas de las masas, sino que fue desencadenada después de que se tomaron todas las providencias para evitar el peligro de la ingerencia de los trabajadores. Si el cambio de guardia en el Palacio Quemado no se operaba el 4 de noviembre, es claro que el pueblo boliviano hubiese vuelto a arremeter, esta vez con mayor violencia, contra el gobierno pazestensorista. El levantamiento castrense tuvo la finalidad inmediata de evitar que esto ocurriese, que las masas ganasen las calles e impusiesen su propio gobierno. En otras palabras: la conjura del 4 de noviembre fue un golpe preventivo contrarrevolucionario, cuidadosamente planeado y ejecutado por el Pentágono. Dentro de su género se trata, pues, de una operación perfecta. Los grupos revolucionarios agotados aún no se habían repuesto cuando se percataron que habían quedado debajo de la bota militar.

Las publicaciones de prensa de esos días trascendentales informan que antes del 4 de noviembre hubo parlamento entre Paz y los rebeldes, buscando un entendimiento entre los dos sectores del oficialismo en pugna. A la una de la ma-

drugada de ese día ya estaba decidida la dimisión de Paz, bajo la promesa de que podrían abandonar el país, él, sus familiares y sus colaboradores inmediatos, todo bajo la garantía del generalato. Ningún detalle faltó para que el mamertazo fuese perfectamente consumado. La fórmula electoral Paz-Barrientos llevaba en sus entrañas la posibilidad de que el ejército arrojase a Paz del poder, conforme señalamos nosotros oportunamente (ver “;Denunciamos el mamertazo!”) (Lo que será el gobierno Paz-Barrientos). A la vuelta de pocos meses esa posibilidad se convirtió en realidad, en medio de circunstancias tragicómicas.

2.— LA RESTAURACION OLIGARQUICA

Los militares, conforme demuestra todo lo sucedido después del 4 de noviembre, llegaron hasta el Palacio de Gobierno con sus discursos, sus primeros decretos y hasta los nombres de los altos funcionarios en su carpeta, lo que revela que un comando superior y oculto resolvió inclusive los últimos detalles del problema del poder. Esta fue la primera sorpresa para todos los partidos que se habían apresurado a sumarse al mamertazo; ellos pensaban que officiarían de asesores y luego, siguiendo este camino, concluirían convirtiéndose en dictadores detrás del trono. Desgraciadamente el puesto ya había estado ocupado desde hacía tiempo. Si es evidente que desde lejos manejaba las llaves maestras el Pentágono, también lo es que el equipo asesor inmediato estaba formado por un truts de cerebros rosqueros de primer orden, sumamente escasos en el mercado común y que están concentrados en la masonería. Muy tarde el observador político se ha percatado que detrás de los generales está la Logia, lo que viene a demostrar cierta torpeza en el análisis de los acontecimientos. No es casual que Barrientos sea también “hermano” (y desde ese momento acaso primero “hermano” y después general aficionado al golpe de estado). Poseemos datos en sentido de que en la

Argentina una reunión internacional conjunta de masones de alto grado y jefes de las fuerzas armadas ultimaron los detalles de un plan de operaciones para varios países de América y entre ellos para Bolivia.

El mamertazo ha escogido un sugerente nombre de pila, se autodesigna como "revolución restauradora". Puede ser que la paternidad de este término le corresponda a algún masón aficionado al humorismo y que seguramente añora los viejos tiempos cuando podía digerir plácidamente mientras sus siervos sudaban la gota gorda. En Bolivia el proceso revolucionario ha comenzado asestando rudos golpes a los resabios de nuestro pasado pre-capitalista (latifundismo en el agro y gamonalismo en la política) y a los mismos intereses imperialistas; este movimiento masivo ha sido básicamente anti-oligárquico y ha marcado un momento importante en la insurgencia plebeya. El MNR, después de su centuado viraje hacia la derecha y hacia el imperialismo, logró únicamente empantanar el proceso de transformación social y las medidas adoptadas por el gobierno de Víctor Paz, a pesar de su marcado carácter anti-nacional y pro-yanqui, no lograron dentro del país una verdadera restauración, sólo se hicieron tanteos tímidos en este sentido. Restaurar quiere decir, dentro de la realidad que vivimos, retornar franca y plenamente a un pasado oprobioso. La obra "restauradora" que la inició tímidamente Paz será completada por el gobierno castrense. La Junta Militar ha adoptado un adjetivo cabal para diferenciarse de otros regímenes: importa, sin la menor duda, una restauración oligárquica al servicio del imperialismo.

La historia enseña que las restauraciones nunca han destruido por completo los cimientos económico-sociales de una nueva sociedad sentados por el proceso revolucionario. Eso mismo ocurrirá en Bolivia, pese a los deseos del generalato y de sus asesores. El viejo latifundista ya no volverá a ejercitar el odioso derecho de pernada. Pero puede volver, si

la Junta Militar logra aplastar a las masas bolivianas, el gamonalismo a apoderarse de la política y del poder encargado de sojuzgar a la sociedad. Los "restauradores" han escuchado el llamado de Jesucristo: "los creyentes en mí deben ser bautizados"; y obedientemente han adoptado un rótulo que los define de cuerpo entero. El pueblo boliviano no busca restauración alguna, sino llevar "su" revolución hasta el punto culminante que supone el total aplastamiento de la rosca y de sus testaferros. *y tomar el poder*

La casta militar vive apegada a los simbolismos y a las supercherías. sin embargo, a través de sus predilecciones en este terreno se puede descubrir la dirección que siguen su pensamiento y su acción. Para diferenciarse del maestro, del modelo y, sobre todo, del "compañero" de ayer, el general Barrientos no se cansa de llamarnos "conciudadanos". Esta última palabrita no ha sido escogida por los masones del azar, sino que está preñada de significado político. Maroseada por los políticos de la oligarquía, no tiene nada que ver con los obreros o los campesinos. Mueve a risa que se dé el mismo trato al cogotudo gerente, que ahora tiene abiertas las puertas del poder, y al obrero o al campesino, sometidos a una sañuda persecución porque no se conforman a entregar sus armas ganadas en lucha sacrificada.

La frase reformista de Villarroel ("no soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres") ha sido olvidada por el general Barrientos, que está decidido a actuar como vengador de la rosca, que tantas veces ha sido humillada por el pueblo. No hay más que abrir los ojos para constatar que la plana mayor de la rosca en pleno ha ido a instalarse al Palacio de Gobierno. En sus últimas declaraciones el Presidente se niega a decretar en vacancia los puestos subalternos (aunque bajo cuerda se está consumando una verdadera masacre blanca en la administración pública), pero los de mayor jerarquía, vale decir los comandos claves, ya han sido entregados a connotados representantes de la oli-

garquía. Esto significa ponerlos en posición de la cosa pública, pero el general quiere, además, desagraviarlos moralmente, para que nadie dude que en este país ha concluido la revolución. Desde la fecha solamente el señorito puede aspirar a la carrera diplomática y el magnate Aramayo verá aún circular su periódico en las calles pacañas. Se dispensa recibimientos y banquetes a los viejos oligarcas, a los mismos que reiteradamente masacraron al pueblo en su afán de defender sus privilegios y los ajenos. Tal es el sentido de la "restauración" ya iniciada por la Junta Militar.

No nos engañemos. La "restauración" no ha caído del cielo y menos supone que la pequeña-burguesía haya sido totalmente desplazada del poder por la rosca. La Junta Militar —el barrientismo, si se quiere— sigue siendo el MNR, con la única diferencia de que desarrolla su tendencia derechista y está dispuesta a sacar las últimas consecuencias de ella. Más arriba hemos indicado que Barrientos no hace otra cosa que completar la obra "restauradora" que tímidamente había iniciado Víctor Paz. La pequeña burguesía en el poder, al desprenderse de las masas populares, al emanciparse de su presión, fortaleció enormemente sus ligazones con la reacción criolla (no solamente acentuó su dependencia frente al imperialismo) y no tuvo más camino que iniciar una serie de fundamentales concesiones. El gobierno de Paz, por ser expresión política de la clase media, era esencialmente bifronte: miraba tanto al imperatismo y a la rosca como a las capas populares. Sin embargo, en ningún momento pudo colocarse en un punto equidistante entre los extremos polares en pugna, esperanza que seguramente acarició: unas veces se inclinó acentuadamente hacia el opresor foráneo y otras buscó acondicionarse al empuje revolucionario del pueblo.

El bifrontismo concluye con el general Barrientos, que desde el primer momento dirige su mirada únicamente al imperialismo y a la rosca. Acentuando la tendencia derechista

del MNR, la Junta Militar actuará sólo como instrumento del capital financiero y de la contrarrevolución criolla, rompiendo, para cumplir esa finalidad, toda ligadura con los sectores revolucionarios y con las masas. Hasta el momento el MNR jugó con las tendencias filo-comunistas y en determinadas circunstancias sacaba su fortaleza del apoyo que recibía de estas últimas. La misión de los generales es destituir al movimiento obrero bajo el pretexto de la lucha contra el comunismo, campaña en la que serán apoyados políticamente tanto por FSB como por la democracia-cristiana.

Se puede decir que está en el poder la expresión derechista del MNR, que al encarnarse en un gobierno castrense tiende a concluir en el fascismo: utilización de la violencia para destruir físicamente a las organizaciones (políticas y sindicales) de los trabajadores. El militarismo tiende a materializar el fascismo. Esta tesis está siendo sometida a una apasionada controversia. El programa de la Junta Militar es el mismo que el del MNR: cumplir la exigencia imperialista de los planes Decenal y de recuperación de la minería.

Es inconfundible la política anti-sindical de los "re-estructuradores". Los despidos masivos están a la orden del día; se rechaza todo pedido de aumento de remuneraciones con el viejo argumento pazestenssorista de que primero se debe producir más; imperan las listas negras y existe una virtual persecución contra los extremistas. La operación "desarme", planeada para arrinconar al pueblo, ha fracasado, pero la Junta Militar ha dictado la medida que subsane el contratiempo: aumentar el número de efectivos del ejército.

Los militares están demostrando que saben usar y abusar del poder. Han comenzado por aumentar sus emolumentos, cuando todo el pueblo gime en la miseria, y han destruido virtualmente a la policía boliviana, vengándose tardíamente de los ultrajes que recibieron en 1952. Será imposible concebir otro ejemplo de mayor inmoralidad.

3.— LA POLITICA DERECHISTA CONDUCE A LA GUERRA CIVIL

La restauración oligárquica no pretende cimentarse sobre los despojos del movimiento obrero y revolucionario y en este hecho radica su debilidad y su desgracia. Los trabajadores están de pie y casi inmediatamente saldrán a la calle. Ha admirado la forma unánime en que se han colocado frente a la Junta Militar. Con sus armas están dispuestos a defender las conquistas de su clase y a continuar la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo. Las conferencias minera y fabril han acordado reactualizar sus viejos pedidos sobre aumento de salarios e igual cosa han hecho los maestros. En todos estos casos y de manera invariable, el gobierno ha dicho que esos planteamientos son improcedentes, declaración similar se escuchó ya de labios de Paz Estenssoro.

Los objetivos inmediatos del gobierno militar lo tipifican como derechista y marcadamente antiobrero, en mayor medida que el mismo régimen pazestenssorista. Esos objetivos pueden resumirse de la siguiente manera: 1) desarme general del pueblo, particularmente de los obreros y campesinos; 2), marginamiento de la clase obrera de toda posible ingerencia en la administración de las empresas nacionalizadas y de la misma actividad política (persecución de los agitadores y establecimiento de listas negras) y 3), utilización de la violencia para lograr el aumento de los índices de producción y apoyo decidido al capitalismo.

El desarme del pueblo es una vieja exigencia norteamericana y parece que la Junta Militar está decidida a convertirla en realidad, utilizando para esto la violencia. La requisa de elementos bélicos busca, en verdad, evitar que las masas puedan lanzarse a la conquista del poder político. El primer paso de la operación ha consistido en esa pantomima

que ha sido bautizada como la entrega voluntaria de armas, coreada por los partidos políticos no marxistas. Las masas unánimemente han dicho no a las pretensiones del oficialismo. Es claro que la "devolución pacífica" será seguida por el recojo violento de los fusiles y ametralladoras, con tal fin y frente al estruendoso fracaso de la "operación desarme", el Comando del Ejército está alentando la delación en gran escala. "En consecuencia —dice el organismo militar—, se comunica a la opinión pública que a fin de intensificar el recojo de armas se compromete mantener en reserva los nombres de las personas que den informes sobre el particular, asegurando, asimismo, para todos aquellos que deseen entregar lo efectúen sin ningún temor y al contrario, con la seguridad de que serán recompensados con la entrega del respectivo Diploma de Honor al Mérito". Lo anterior constituye sencillamente un ultraje sin precedentes que se infiere al heroico pueblo boliviano. La tan mentada "operación desarme" es más seria de lo que se piensa. No se trata simplemente de evitar que prosperen las luchas entre grupos campesinos, sino de arrinconar a las masas, a fin de que dejen de luchar revolucionariamente. Este desarme para ser tal tiene que alcanzar a los mineros y a los campesinos y como quiera que éstos ya han rechazado públicamente las incitativas gubernamentales, no queda más que la invasión militar a los campamentos obreros y al agro, en este último sector ya se han realizado sondeos en tal sentido. Las conferencias minera y fabril han dicho acertadamente que los fusiles constituyen la única garantía de que las conquistas de la revolución no podrán ser fácilmente destruidas.

El 9 de abril de 1952 culmina una etapa del ascenso revolucionario de las masas, en cuya bandera se inscribió la nacionalización de las minas y el control obrero, con-signa que fue planteada como sinónimo de la gestión directa. Estas aspiraciones proletarias (cuya expresión doctrinal se encuentra en la "Tesis de Pulacayo") fueron retomadas por el gobierno movimientista (Paz-Lechín) con la

única finalidad de prostituirlas. Sin embargo, la nacionalización de las minas con todas sus limitaciones y el control obrero individual y burocratizado (esto no es lo que querían los mineros) constituyen las conquistas básicas de la revolución boliviana. La Junta Militar dirigirá preferentemente sus fuegos contra estas dos reivindicaciones fundamentales, esto porque así lo impone el imperialismo. Oficialmente se ha declarado que las entidades nacionalizadas, autárquicas y semi-autárquicas pueden formar empresas mixtas, es decir, entregar la explotación de sus empresas al capital financiero. Por otro lado, se ha determinado que el control obrero puede ser repuesto, siempre que se elimine el derecho al veto y se limiten, aún más, sus actuales atribuciones. Como se puede comprobar, la conducta de la Junta está mucho más a la derecha que la observada por el anti-obrero V. Paz. Las masas tienen que comprender que la defensa incondicional de estas dos conquistas constituye la defensa de la misma revolución y del porvenir del país. El control obrero sin derecho a veto no es más que un adorno que únicamente puede comprometer y desprestigiar a los trabajadores de las minas.

La conferencia minera ha expresado que los sindicatos obreros saldrán en defensa de las conquistas ya logradas y que continuarán luchando por la inmediata reposición del control obrero con derecho a veto en la administración de la COMIBOL.

El Presidente de la COMIBOL ha decretado, de un modo por demás dictatorial, que la actividad y proselitismo políticos quedan marginados de las minas. Esto quiere decir que en el futuro próximo se despedirá a todos los mejores sindicalistas, que ya han sido catalogados por el general Barrientos como agitadores. En la práctica funciona una lista negra que tiene la finalidad de alejar de los centros de trabajo a todos los que se han distinguido en la lucha sindical

y revolucionaria. Así volvemos a los tiempos de la rosca, cuando las grandes empresas mantenían en permanente desocupación a cientos de dirigentes laborales.

Los primeros discursos de los gobernantes nos hacen saber que la Junta Militar impondrá —para hacerlo no dispone más que de sus armas— un régimen de trabajo en todos los rincones del país, particularmente en las minas y una disciplina que convierta en intangible el principio de autoridad (principio que se basa en la total separación entre gobernantes y mayoría nacional y supone el total sometimiento de esta última) y evite que los obreros se dediquen a actividades consideradas como extrañas a sus habituales ocupaciones. Este nuevo tipo de relaciones obrero-estatales supone que el movimiento sindical retroceda y se despoje de toda conciencia clasista. Los explotados están convencidos de que está en sus manos la salvación del país y que, más que un deber, es una obligación para ellos imprimir su huella en la marcha de la política. Se comprueba que el gobierno castrense no únicamente desea desarmar materialmente al pueblo boliviano, sino que también está empeñado en desarmarle ideológicamente. La experiencia nos enseña que las masas primero tiene que tener el suficiente convencimiento de que la lucha impone la necesidad de formar milicias armadas y que después fácilmente se consiguen los elementos bélicos.

Para la Junta de Gobierno, igual que para el régimen pazstensorista, el aumento de la producción (cuya consecuencia inmediata es la disminución de los costos) sigue siendo un objetivo obsesionante. Se justificará como gobierno ante el imperialismo y, por tanto, seguirá percibiendo ayuda económica y técnica siempre que logre materializar ese aumento. Paz fracasó en su intento porque los trabajadores concluyeron diferenciándose de su política y de su gobierno; con todo no se animó a colocar un fusil detrás de cada obre-

ro o no tuvo tiempo para ello. Corresponderá a la Junta hacer trabajar a bala y recurrir a la masacre toda vez que los explotados soliciten un pedazo de pan.

La discusión en este terreno no se ha modificado. Las autoridades consideran que los aumentos de las renumeraciones deben ser consecuencia de un efectivo aumento de la producción. Los trabajadores parten de la evidencia de que para lograr ese aumento, que también a ellos les interesa vivamente en la medida en que se interesan por el futuro de la revolución, debe arrancarse de un mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo. La capacidad de la resistencia proletaria a la miseria ha llegado a su punto culminante. Víctor Paz recurría a las interminables discusiones, a la división de los sindicatos y a la corrupción de ciertos dirigentes laborales para no acceder al pedido de los obreros. La Junta Militar está decidida a abandonar estos métodos dilatorios y a utilizar simplemente la violencia, para convencer a los explotados de que deben limitarse a trabajar en silencio y disciplinadamente.

En la misma medida en que la Junta Militar da las espaldas a los trabajadores, se convierte en el sostén directo de los empresarios capitalistas, que están seguros de recibir toda especie de cooperación económica y la ayuda necesaria para derrotar a sus trabajadores. En resumen: se avocan horas negras para el sindicalismo revolucionario.

El gobierno viene utilizando una sistemática campaña alrededor de la convocatoria a elecciones para desorientar a los bolivianos, para convencerles que los generales no desean perpetuarse en el poder y que son realmente demócratas. Los hechos se encargan de desmentir tan fementida propaganda. El general Barrientos, siguiendo muy de cerca las huellas y la herencia dejadas por Víctor Paz, viene realizando una activa e incansable jira electoral por todos los rincones del país. Parten del Pa-

lacio Quemado emisarios encargados de conseguir la proclamación de la candidatura presidencial en favor de Barrientos. Nuevamente nos sorprenderemos de que el dueño del poder nos diga que se ve obligado a postular al cargo de primer mandatario porque así se lo impone el pueblo. Falangistas y social - cristianos están empeñados en una agria polémica debido a su competencia por ganar el puesto de soporte civil a la candidatura del general de turno. El PURS y otros partidos rosqueros han dado la pauta en todo este ajetrec: están adelantados los trabajos para lograr la candidatura única de Barrientos, así se repetiría la farsa que fuera montada alrededor de Peñaranda. Lo que puede dejarse sentado es que las elecciones han sido convocadas para servir a los intereses de los militares y con la seguridad de ganarlas para un hombre salido de sus filas o para un favorito civil, que sea capaz de concluir la obra contrarrevolucionaria que está ejecutando la Junta Militar.

El panorama se esclarece totalmente cuando se tiene en cuenta que la política anti-obrera y derechista de la Junta Militar chocará con la resistencia armada de los trabajadores y de todo el pueblo, que en ningún momento ha renunciado a su derecho de seguir luchando por una vida mejor. Cuando el gobierno asalte los campamentos mineros, cuando pretenda obligar a que se trabaje bajo la amenaza de los fusiles, sonará el comienzo de la guerra civil. Es el actual gobierno que, al utilizar los métodos castrenses para imponer sus decisiones reaccionarias, está empujando al pueblo boliviano a la guerra civil.

En la futura guerra civil los bolivianos lucharán contra la dictadura militar y por sustituirla con un gobierno salido de sus entrañas, que interprete fielmente sus aspiraciones y que esté a su exclusivo servicio. Así se abrirá el camino hacia el gobierno obrero-campesino.

No es el lugar para señalar cómo deben prepararse los trabajadores para poder salir victoriosos de la futura ba-

talla. El problema del armamento de las milicias y de los métodos de la lucha armada están siendo estudiados por los sindicatos.

Las masas irán a la guerra civil porque no les queda más camino para lograr su liberación, que supone la expulsión de la Junta Militar del poder, y porque se están emancipando de sus direcciones políticas traidoras. No serán los burocratas los que sellen el futuro de los explotados; éstos han comprendido que deben darse comandos capaces de desarrollar la política independiente de la clase obrera.

Hay indicios alentadores al respecto. La conferencia minera ha sido escenario de la rebelión de los cuadros medios prínistas contra las traiciones del grupo lechinista, que nunca ha podido elevarse por encima de la capitulación. Esos elementos, que están estrechamente ligados al grueso de las masas, han desoído los consejos de su jefe y han aprobado una plataforma política que significa el repudio a los generales y que señala a la clase trabajadora la necesidad de prepararse para la lucha futura. Como si todo esto fuera poco, la conferencia ha aprobado, por unanimidad, la ruptura con esa cueva rosquera que se llama Congreso Revolucionario del Pueblo. Como se ve, las bases prínistas están dispuestas a luchar revolucionariamente.

La tendencia general de la evolución política del país conduce a la guerra civil, vale decir, a la inevitabilidad de que el pueblo en armas aplaste en las calles al militarismo antes de expulsarlo del poder. Esto supone que tendremos que pasar por un período de secante dictadura castrense. Hemos esbozado únicamente la tendencia general y no el detalle de su materialismo, pues el hacerlo no está en nuestras manos.

Puede descontarse de que Barrientos será Presidente Constitucional (poco importa que sea ungido por una Constituyente o no) a través de elecciones fraudulentas. La impostura electoral será tan grande que frente a ella todas las

falsificaciones cometidas por Paz parecerán insignificantes. Nos permite hacer esta afirmación la conducta que viene observando el general Barrientos: utilización (igual que en el pasado), de todos los recursos y el aparato estatal en su campaña electoral; la creación desde el poder de un partido político que no tiene más programa que aplaudir al nuevo amo. la fabricación de congresos sindicales con la única finalidad de proclamar candidato al Presidente de la Junta, etc. :

La sombra de Paz, persigue sañudamente al general de turno. Estamos volviendo a vivir la farsa de un candidato a la Presidencia que dice ser tal no por voluntad propia sino porque el pueblo le impone la obligación de sacrificarse. Nuevamente tendremos el caso de la masa campesina convertida en fantasma para que unánimemente vote por el dueño del Palacio Quemado.

Sin embargo, hay una variante, se vienen agotando todos los recursos para que Barrientos sea el candidato único y esta posibilidad es la más viable. Ninguno de los partidos que apuntalaron el golpe militar tiene posibilidades de afrontar solo la campaña electoral. El aparato gubernamental concluiría reduciéndolos a su mínima expresión. Falange y el PRIN, partidos que en los últimos meses han lanzado acres críticas al gobierno, no tendrán más remedio que alinearse junto al héroe del mamertazo..

El general Barrientos ha cobrado tal preponderancia que su peso está muy por encima que la de todos los políticos profesionales juntos. Decide autoritariamente la conducta de sus mismos apositores y se da el lujo de escoger a sus parciales y a sus adversarios. Por el momento no puede pensarse en que una fuerza civil reemplace a la Junta. La situación política ha madurado únicamente para un golpe militar interno, el que se materialice o no está subordinado a una serie de factores secundarios e imprevisibles por el

momento. Lo cierto es que la efectiva pugna entre Ovando Candia y Barrientos (pugna en la que tanto confiaron los opositores del corte de Lechín), ha quedado postergada por el momento; el ejército como cuerpo apuntala la candidatura de Barrientos.

Los caracteres virulentos de la dictadura fascista militar aflorarán inmediatamente después de las elecciones y entonces será el momento en que se desencadene la guerra civil. Mientras tanto, como una medida electoralista y demagógica, ha sido determinada por decreto la paz social y la prohibición de que los explotados utilicen la acción directa como método de lucha, de manera que la huelga (reconocida como derecho por la Constitución) queda marginada de la práctica cotidiana. Esta determinación tiene un inconfundible carácter totalitario porque arrincona a las organizaciones laborales y mutila parte de sus atribuciones. Por otro lado, es absurdo "decretar" la paz social cuando los problemas obreros no han sido resueltos. La miseria es un conspirador indomable y no hay decreto, por muy fascista que sea, capaz de doblegarlo.

Colocado en una situación de privilegio, el general puede jugar cómodamente con los partidos opositores. Para satisfacer al imperialismo y para descabezar a los sindicatos ataca cómodamente al comunismo en la persona de Lechín, que se ha desplazado hasta una postura inconfundiblemente liberal. Sabemos que la represión llegará hasta nosotros, pero antes tiene que ser aplastado el PRIN. Para neutralizar a F.S.B., que en los días posteriores al 4 de noviembre supo aprovechar sus vinculaciones con el gobierno para acrecentar su fuerza, comenzó utilizando a los social-cristianos y ahora moviliza con el mismo fin al MNR, cuya reorganización es en parte su obra.

CAPITULO TERCERO

El Estatuto Electoral

1.— *EL DEFECTO FUNDAMENTAL*

El carácter fundamental, el más importante, políticamente hablando, del Estatuto Electoral radica EN QUE SUBORDINA LA CIUDAD AL CAMPO; LAS ZONAS MAS PROGRESISTAS Y QUE OCUPAN LA VANGUARDIA A LAS MAS ATRASADAS. La dirección movimientista pretendió rebelarse contra el carácter y la mecánica de clase de la revolución boliviana, que CONSISTE EN QUE UN PEQUEÑO Y AGUERRIDO NUCLEO PROLETARIO ARRASTRA A LA MAYORIA CAMPESINA. Frente al gran descontento del proletariado —cada día más creciente y palpable—, cuya multiforme expresión va desde la rechifla a los burócratas sindicales hasta la huelga, la dirección del MNR. SE ORIENTO A BUSCAR SU ESTABILIDAD EN EL APOYO POLITICO DE LAS CAPAS ATRASADAS DE LA POBLACION Y PRINCIPALMENTE EN LOS SECTORES CAMPESINOS MAS ALETTARGADOS. Estos últimos son los que mejor se prestan a las maniobras burocráticas, recuérdese el caso de la Confederación Campesina Nacional que ha sido íntegramente organizada desde las Oficinas del Ministerio de Asuntos Campesinos y cómo fueron reclutados las delegaciones al Congreso

de Ucureña entre los elementos más dóciles. La enseñanza más valiosa que nos han dejado todas las revoluciones consiste en que siempre se ha recurrido a los sectores sociales más atrasados, muchas veces incluso al lumpen proletariado, para derrotar y destruir a la vanguardia que pugnaba por llevar el proceso hasta sus consecuencias últimas. (1)

La ley electoral divide al país en nueve distritos que corresponden a la delimitación territorial de los actuales departamentos (artículos 114 al 118). En cada uno de los departamentos se elegirán cuatro diputados más los que correspondan a su densidad demográfica (Artículo 131). De esta manera el voto de las ciudades (centros industriales, ferroviarios y mineros) será contrarrestado y hasta anulado por lo que decida el resto del departamento, es decir, la mayoría campesina. La maniobra radica en que las ciudades y los centros mineros serán sepultados por la periferia campesina. LOS RESULTADOS DE LAS ELECCIONES DENTRO DE ESTA MODALIDAD DE MANERA ALGUNA PUEDEN SER EL REFLEJO FIEL DE LA MARCHA DE LA REVOLUCION O DEL NIVEL ALCANZADO POR LA EVOLUCION DE LA CONCIENCIA DE LAS MASAS. Estrangular esa conciencia es el objetivo de la dirección contrarrevolucionaria. La influencia ideológica del partido revolucionario, que gravita en mayor medida en los núcleos avanzados de la pequeño-burguesía ciudadana, del proletariado y de las minorías más audaces de los campesinos, será completamente desvirtuada por el peso numérico de las masas más atrasadas, menos politizadas y que obedecerán a la presión oficialista o bien se moverán bajo el incentivo de pequeñas concesiones económicas.

(1) La Constitución rusa de 1918 establecía una verdadera desigualdad del sufragio a favor de los obreros y en contra de los campesinos. Esta legislación, elaborada bajo la directa vigilancia de Lenin, se inspiraba en la seguridad del roj revolucionario del proleta.

2.— EL VOTO UNIVERSAL. LA SEMI-CIUDADANIA

El voto universal, instituido en julio de 1952, constituye una de las grandes conquistas de la revolucion. Se trata de un incuestionable paso progresista con referencia al voto calificado de acuerdo al grado de instruccion y al monto de la renta personal. Se cierra un pasado vergonzoso en que los trajines mal llamados democraticos se realizaban a espaldas del pais. En 1931, D. Salamanca, candidato unico a la Presidencia, obtuvo en todo el territorio solamente 38.282 votos.

La lucha por el voto universal no es cosa de hoy ni exclusiva del MNR. Ya en el siglo XIX, la izquierda liberal inscribio en su bandera de combate esta consigna. Es de dominio publico la incansable campana del Partido Obrero Re-

riado. El Art. 25 de dicha ley fundamental estatua: "El Congreso de los Soviets de la Union se compone de un delegado de los soviets urbanos (obreros) por cada 25.000 electores y un delegado de los soviets rurales (campesinos) por cada 125.000 habitantes". Esta medida se complementaba con lo establecido en el Art. 78: "Los electores que hayan enviado al Consejo un diputado tienen, en todo momento, el derecho de retirarle su mandato y de proceder a nuevas elecciones". Algo mas, la Constitucion estaba interesada en cerrar el camino de la actuacion en la vida nacional a los sectores contrarrevolucionarios. Estaban privados de ciudadania los "que empleen asalariados con objeto de lucrarse de ellos; los que obtengan sus recursos de una renta y no de trabajo...", etc.

El stalinismo contrarrevolucionario, a traves de su Constitucion de 1936, trastoco los principios leninistas en materia electoral. A partir de esa fecha ya no se vota por fabricas, sino individualmente, "como ciudadanos". La Constitucion stalinista vino a ser una "forma derivada del programa de democracia burguesa que los soviets, en su tiem-

volucionario (POR) alrededor de la ampliación irrestricta de los derechos ciudadanos (derecho a elegir y a ser elegido) a los bolivianos de ambos sexos, desde los 18 años e incluyendo a los analfabetos, la edad base se proponía disminuir para los asalariados. Está demás indicar la experiencia internacional sobre la materia y basta decir que el Estatuto Electoral compendia las disposiciones legales de otros países. Estos antecedentes permitirán comprender mejor en qué medida el Estatuto desvirtúa y limita el voto universal.

a) El artículo 2 del Estatuto define la ciudadanía como el derecho a "concurrir como elector o elegido a la formación o el ejercicio de los poderes públicos". Sin embargo, el Artículo 1º. dice que son ciudadanos los mayores de 21 años, cualquiera que sea su grado de instrucción, ocupación o renta. Esta limitación de los derechos ciudadanos afecta políticamente en mayor medida a la clase obrera. El promedio de vida del asalariado boliviano no pasa de los 35 años, cuyos componentes conquistan su libertad económica desde temprana edad y su capacitación política la logran a través de la acción sindical y de la militancia en los partidos revolucionarios. Por imperio de la ley electoral alrededor del 20 por ciento de la población obrera (de 19 a 21 años de edad), que activamente contribuye al sostenimiento económico del

po, vinieron a reemplazar" (Trotsky). Disolver a los obreros en la masa general de la población, significa nada menos que abolir los soviets. El objetivo de Stalin no fue otro que controlar a los obreros con el enorme peso de los campesinos de las granjas colectivas. "Para silenciar la protesta de los obreros contra la creciente desigualdad social, utiliza el peso de las masas más atrasadas del campo: este es el principal objetivo de la nueva "Constitución de la Unión Soviética". Dimisov y Kirichenko caracterizan del siguiente modo el sistema electoral soviético: el sufragio universal, igual y secreto supone que todos emiten un voto igual, independientemente de su origen social y de su situación económica.

país y que forma las más aguerridas falanges del movimiento sindical y político, no podrá ejercer los derechos ciudadanos. Constituye un principio político elemental la clara distinción que hay entre el joven proletario y el burgués hijo de familia. La exclusión de los soldados atenta contra los intereses de obreros y campesinos, pues éstos últimos deben a su vida de cuartel el primer contacto con el movimiento político que agita a las ciudades. El Estatuto Electoral margina a considerables capas de la población que han logrado madurar políticamente, pese a no haber llegado aún a los 21 años de edad. Es del todo evidente que esta limitación del voto universal perjudica directamente a las fuerzas revolucionarias y beneficia a la reacción.

b) El Artículo 122, inciso 2, establece entre las condiciones de elegibilidad la de saber leer y escribir. De esta manera la mayoría aplastante del país, que es analfabeta y que cubre los cuadros de las fuerzas sociales de la revolución, apenas alcanza a la condición semi-ciudadana. En cierta medida las grandes mayorías continúan marginadas de la vida nacional, pues solamente un pequeño núcleo —alrededor del 30 por ciento— puede ejercer la plenitud de los derechos ciudadanos (1). Esta odiosa discriminación se agrava por la prohibición a los analfabetos de ejercer cargos de dirección en el Partido en que militan, conforme establece el Artículo 60, inciso 1. La Parte considerativa del decreto, no contiene argumentación alguna que justifique esta limitación de la ciudadanía en un período revolucionario. Sería interesante conocer las opiniones de los marxistas del MNR sobre esta medida anti-popular impuesta por la dirección. (2)

(1) El censo demográfico de 1950 ha establecido el 68.90% de analfabetos sobre 2.278.373 habitantes y no sobre los 3.019.000, considerados como el total del país, por haberse incluido la población menor de 5 años.

(2) Parece que ahora ya no hay "marxistas" dentro del MNR.; la época en la que Paz se declaraba abiertamente militante del socia.

El Estatuto Electoral confunde el nivel de alfabetización con el de politización de las masas. Políticamente es la expresión de la desconfianza de la dirección pequeño-burguesa acerca de la conducta futura de las clases sociales mayoritarias. Hay que dejar claramente establecido que la politización, al alcanzar cierta madurez, ha permitido que se inscribiese en el programa de los partidos revolucionarios la lucha por el voto universal. La rica experiencia política y sindical de los últimos años enseña que las masas (principalmente obreros, campesinos y artesanos), adquieren madurez rápidamente en los periodos más agudos de la lucha de clases, por encima de su analfabetismo. El despertar de las mayorías nacionales es un despertar político y no guarda relación directa con el aprendizaje del silabario. El abecedario político sigue un camino peculiar hasta llegar a enseñorearse de las clases mayoritarias y no utiliza como su instrumento al profesor de primeras letras. La identificación del analfabetismo con la incapacidad política es un argumento extraído del arsenal de la "rosca". Cuando las masas están escribiendo la historia y cuando han tomado en su manos la suerte del país, a los legisladores movimientistas se les ocurre declararlas —pose ridícula, pero explicable— semi-ciudadanas.

Los presuntuosos pequeño-burgueses, que ofician de teóricos y sobre cuya ignorancia no cabe ya la menor duda, alborozados decidieron "conceder" a los obreros y campesinos el derecho —que bajo la despótica presión de los comandos movimientistas se convirtió en una simple obligación— a depositar una papeleta de color en las urnas electorales, pero a condición de que solamente a ellos se les

lismo científico ha sido sustituida por la del descarado entreguismo al capital financiero foráneo. Los "entristas" han capitulado totalmente ante el "nacionalismo" y consideran un delito referirse a su pasado "marxista".

pueda elegir. La democracia indígena de este tipo no puede ni siquiera lucir ribetes populares. El atraso general del país determina la incipiente cultura e imprime sus huellas en nuestra política. Son los dirigentes de los partidos pequeño-burgueses y no las masas, quienes sufren en mayor medida las consecuencias del bajo nivel cultural; pues entre los primeros no obra el instinto de clase tan desarrollado en el proletariado y que le permite orientarse en los períodos más tormentosos.

El Partido Obrero Revolucionario al llevar su programa marxista hasta las capas más amplias de explotados, se ha visto en la necesidad de abrir sus puertas a sectores de analfabetos. Para todos los militantes el Partido es la escuela de capacitación política y la lucha diaria el medio por el que alcanzan su madurez. No puede haber discusión sobre el hecho de que para todos está expedito el camino de la dirección. Sería absurdo que un partido revolucionario sustituyese la capacidad y responsabilidad política de los militantes con un certificado escolar. El Estatuto abusivamente se toma la libertad de purgar a los dirigentes de los partidos (artículo 60). Nos encontramos frente a una pretensión anti-democrática, reaccionaria e infantil. Según la ley que comentamos, obreros y campesinos tendrían que luchar por el derecho de llegar a ser dirigentes del Partido en el que militan.

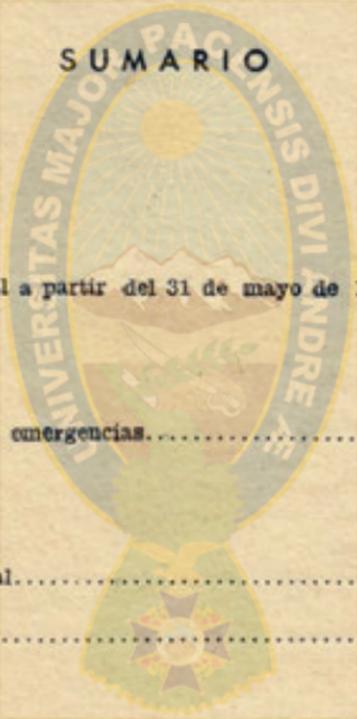
La dirección del MNR violentó las enseñanzas de la historia de todas las revoluciones al negar capacidad política militante a quien desconoce las primeras letras del alfabeto. Para destruir tan presuntuosa tesis doctoral es suficiente recordar los ejemplos del admirable guerrillero José Antonio Páez, que llegó a gobernar Venezuela durante 16 años, y el del líder agrarista mejicano Emiliano Zapata.

Mientras no se dé trato electoral privilegiado a los núcleos obreros y mientras no se amplíe la ciudadanía plena en favor de los campesinos, seguiremos combatiendo la esencia del Estatuto Electoral movimientista.

La Junta Militar arremete la tarea de introducir enmiendas a la ley que fuera faccionada por los lechinistas, conservando todo el espíritu del voto universal igualitario. Es claro que esta reforma no puede satisfacer las aspiraciones populares; lo más que hará es modificar la mecánica misma del acto electoral. Fácil será comprender por qué no nos paramos en discutir las bondades que se atribuyen al sistema de la papeleta multicolor o multisigno y a cualquier otro remedio milagroso para las tareas de nuestra "democracia", porque deliberadamente no tocan la raíz de la cuestión.

CONCLUSION

Los portavoces de los diferentes partidos ofrecen, en su afán de pescar incautos, el paraíso a la vuelta de la esquina. Circula una convocatoria que dice que hay un grupículo que dice lo que todos callan y así por el estilo. A fuer de sinceros, los trotskystas no solamente que no ofrecemos paraíso alguno, sino que proclamamos que ese ofrecimiento es pura palabrería; el paraíso no nos puede caer del cielo. A nuestro turno, llamamos al pueblo boliviano a luchar sin descanso contra la bota militar, contra el fascismo emenerrista, contra los traficantes de la fe del pueblo que usurpan el poder. Llamamos a los obreos, a los campesinos y a los sectores mayoritarios de la clase media a ajustar sus filas, a disciplinar sus organizaciones y a poner en pie sus milicias armadas para poder expulsar a la dictadura militar del Palacio de Gobierno. Llamamos a todos los bolivianos, a los hombres y a las mujeres, a estar listos para salir a las calles a reconquistar nuestra revolución que nos está siendo usurpada. Llamamos a los patriotas a engrasar el fusil para que en el momento oportuno respondan adecuadamente a la violencia gubernamental. Obligados a pasar por la dura experiencia de la guerra civil, debemos aprender a ser dignos de nuestra misión histórica. Los trotskystas sólo podemos ofrecer ser los mejores soldados en las batallas futuras, así contribuiremos a salvar el porvenir de la patria y de la revolución.



SUMARIO

CAPITULO I.

La situación nacional a partir del 31 de mayo de 1964 Pág. 5

CAPITULO II

El mamertazo y sus emergencias..... " 29

CAPITULO III

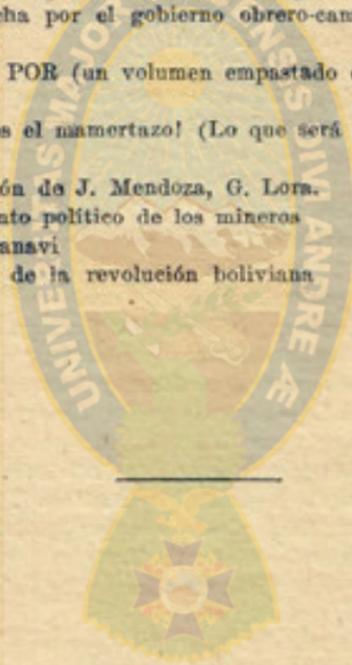
El Estatuto Electoral..... " 51

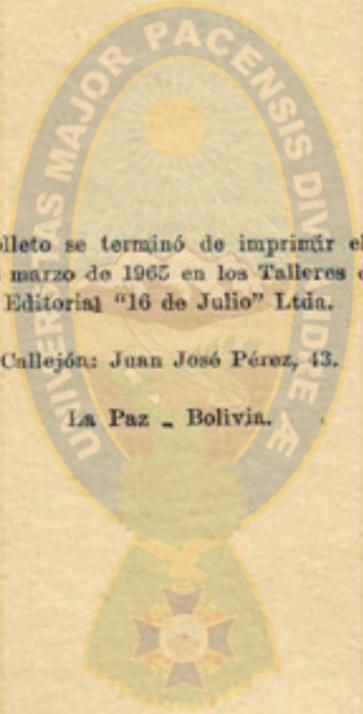
Conclusión " 58

Ediciones "MASAS"

- Programa Obrero (Tesis de Pulacayo y otros documentos fundamentales del movimiento obrero)
- Sindicatos y Revolución, por G. Lora.
- ¿Qué es y qué quiere el POR? (cinco ediciones)
- El caso Pasternak, por G. Lora.
- Rosa Luxemburgo, estudio bio-bibliográfico, por A. Sáenz.
- La estabilización una impostura por G. Lora.
- ¿Por qué combatimos al MNR?, por G. Lora.
- La masacre de Huanuni, por G. Lora, T. Aguirre, A. Bustamante y A. Sáenz.
- José Aguirre Gainsborg, fundador del POR, por G. Lora.
- Principios de comunismo, F. Engels.
- Las tesis de Abril, por Lenin.
- Apuntes sobre organización, por G. Lora.
- Problemas de la guerra civil, por L. Trotsky.
- Democracia burguesa y dictadura proletaria, por Lenin.
- La revolución permanente, por Marx y Trotsky
Historia de la III. I. — Segunda parte: Tesis y resoluciones (1).
- Tesis sobre Feurbach, por C. Marx.
- Sobre la revolución permanente (dos ediciones), por G. Lora.
- Elementos de filosofía marxista, por A. Marcel.
- A 90 años del Manifiesto Comunista, por L. Trotsky.
- Stalinismo y bolchevismo, por L. Trotsky.
- Rol del POR en el movimiento obrero (tesis sindical)
- El control obrero, por G. Lora.
- J. Juarés, por L. Trotsky.
- Respuesta obrera al plan de la COMIBOL, por G. Lora.
- Dialéctica materialista, Plejanov y Lenin.
- Hacia un gobierno obrero-campesino, por G. Lora.
- Crítica al Estatuto Electoral (dos ediciones), por G. Lora.
- Documentos fundamentales de la IC. — Primera parte.
- Defensa del POR.
- Documentos para la historia del movimiento obrero y sindical:
"La burocracia sindical y la masacre de Siglo XX".

- Balance de la huelga minera: Quiebra de la burocracia sindical, por G. Lora.
- El estalinismo en los sindicatos.
- Las guerrillas.
- Lo esencial del marxismo, por G. Lora.
- La Tesis de Colquirí.
- La revolución boliviana (análisis crítico), por G. Lora.
- Abstención electoral para desenmascarar las maniobras del oficialismo (Tesis política del XXI Congreso del POR)
- El POR lucha por el gobierno obrero-campesino (carta a los campesinos)
- Folletos del POR (un volumen empastado de más de 750 páginas)
- ¡Denunciamos el mamertazo! (Lo que será el gobierno Paz — Barrientos).
- La frustración de J. Mendoza, G. Lora.
- El pensamiento político de los mineros
- Tesis de Caranavi
- Perspectivas de la revolución boliviana





Este folleto se terminó de imprimir el día
7 de marzo de 1965 en los Talleres de
Editorial "16 de Julio" Ltda.

Callejón: Juan José Pérez, 43.

La Paz - Bolivia.